

flota en que había de venir, que se componía de sesenta nares guipuzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas, se reunió en Zúitburgo en Zelanda, donde se dirigió Carlos (28 de agosto) acompañado del rey don Felipe su hijo, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y Hungría, de su hija María y su yerno Maximiliano, rey de Bohemia, que habían ido á despedirle, y de una brillante comitiva de flamencos y españoles. Al pasar por Gante no pudo menos de enternecerse, contemplando la casa en que nació, los lugares y objetos que le recordaban los bellos días de la infancia y que visitaba por última vez para no volver á verlos jamás.

Despidióse tiernamente de sus hijos, abrazó á Felipe, le dió algunos consejos para su gobierno y conducta, y se hizo á la vela (17 de setiembre) trayendo consigo á sus dos hermanas doña Leonor y doña María, reinas viudas ambas, que despues de tantos años volvian á su patria y suelo natal. El 28 de setiembre arribó la flota al puerto de Laredo. *Yo te saludo, madre comun de los hombres*, exclamó Carlos al tomar tierra; *desnudo salté del vientre de mi madre, desnudo volveré á entrar en tu seno* (1). Á pesar de esta abnegacion, todavía se incomodó mucho por no haber hallado allí el recibimiento que esperaba, y no haber llegado aun la remesa de cuatro mil ducados que preventivamente había pedido á la gobernadora de Castilla su hija la princesa doña Juana, ni el condestable ni los capellanes y médicos que necesitaba, pues los mas de sus capellanes y criados venian enfermos, y algunos había muerto en la navegacion. El mismo Luis Quijada, mayordomo de la princesa regente, no pudo llegar hasta unos días despues por el fatal estado de los caminos: todo lo cual puso al emperador de malísimo humor y le hacia prorumpir en desabridas quejas, no pudiendo sufrir verse en tal especie de desamparo el que tan acostumbrado estaba á mandar y ser servido (2).

Partió el 6 de octubre de Laredo para Medina de Pomar, acompañado del alcalde Durango de la chancillería de Valladolid con cinco alguaciles, disgustado y como avergonzado de verse entre tantas varas de justicia, que parecía le llevaban preso (3). No quería que le hablaran de negocios, huía de que le tocaran asuntos políticos, y mostraba no tener otro anhelo que sepultarse cuanto antes en Yuste (4). Al fin le llegaron los cuatro mil ducados, con lo cual prosiguió ya mas contento á Burgos, donde llegó el 13 y permaneció hasta el 16, no queriendo que el condestable de Navarra le hiciese ningun recibimiento. Las dos reinas hermanas marchaban

La habitacion del emperador consistia en seis piezas bajas y seis altas contiguas á la iglesia, y desde las cuales podia ver los divinos oficios.—Desde ellas salia tambien á la hermosa huerta y jardines del monasterio, que se reservaron exclusivamente para el emperador, habiendo tenido que hacer los monjes otra huerta para sí á la parte del Norte: en las dos se atravesaba una tapia. Al extremo de la huerta destinada á S. M. y como á dos tiros de ballesta había una linda ermita, á la cual se iba sin tomar sol por una calle de robustos y frondosos castaños. Aunque el aposento del rey y las oficinas de los criados se comunicaban con el monasterio, no se abría nunca la comunicacion, de manera que se puede decir que estaban separadas del monasterio, aunque unidas á él. Se llevaron aguas y se hicieron buenas fuentes dentro de la vivienda imperial.—Sandoval, Historia de la vida del emperador en Yuste, párr. 2.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(1) Robertson, Hist. de Carlos V, lib. XII.—Leti, Vida de Felipe II, part. I, lib. X.

(2) «El emperador tuvo por cierto (decía su secretario Martin de Gaztelu al de la princesa regente Juan Vazquez de Molina) que llegado aquí hallaría los cuatro mil ducados que el rey le dijo había mandado proveer, y visto que no se ha hecho me ha mandado lo escribiese luego á vuestra merced para que se haga, porque son mucho menester.» Dice que por esto y por el descaído que ha habido en proveer muchas cosas está muy mohino y prorumpie en quejas y palabras muy sangrientas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(3) Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez de Molina.

(4) «Viene, escribia Luis Quijada, tan recatado de tratar ni que le hablen de negocios, que ni lo quiere oír ni entender, que es bien lejos de lo que allí se decía.—De los que allá vienen, escribia el secretario Gaztelu, he entendido que se persuaden que S. M. entenderá en negocios, y aunque debe de convenir por muchos respetos, va tan hostigado de ellos que ninguna cosa mas aborrece que oír solo nombrillos.»

Veremos cuánto le duró este propósito.

una jornada detrás por falta de medios de transporte; que esto le sucedía en su antiguo reino de Castilla al mismo que tantas veces y con tanta rapidez y tanto aparato había cruzado y atravesado la Europa. Marchaba tan lentamente que empleó cerca de seis días desde Burgos á Valladolid. Alojose en la casa de Ruy Gomez de Silva, dejando el palacio para las reinas sus hermanas que entraron despues. Ocupose el emperador en Valladolid en el arreglo de ayudas de costa y mercedes que había de dejar á los que hasta entonces le habían servido, en lo de la paga que se había de dar á los que con él habían venido de Flandes, y en lo que había de quedar para el gasto de su casa. Con esto partió de Valladolid (4 de noviembre) con tiempo lluvioso y frío, caminando en litera.

Siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alazar y Tornavacas, y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla, fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitían sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podía ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen; el mismo Luis Quijada anduvo á pié al lado del emperador las tres leguas que dura el mal camino. Por fortuna encontraron en Jarandilla (14 de noviembre) magnífico alojamiento en casa del conde de Oropesa, bien provisto de todo, y con bellos jardines poblados de naranjos, cidras y limoneros. Detuviéronse allí todos bastante tiempo por las malas noticias que comenzaron á correr acerca de la temperatura de Yuste. En el invierno era castigado de frecuentes lluvias y de frias y densísimas nieblas, y en el verano le bañaba un sol abrasador. Proclamaban á una voz sus criados que los monjes habían cuidado bien de hacer sus viviendas al Norte y defendidas del calor por la iglesia, mientras la morada del emperador y de sus sirvientes se habían hecho al Mediodía, y tenía que ser insufrible en la estacion del estío. Con esto todos estaban disgustados, y todos aconsejaban al emperador, inclusa su hermana la reina de Hungría, que desistiera de su empeño de ir á Yuste, y buscara otro lugar mas favorable para su salud.

Obligó esto al emperador á ir un día (23 de noviembre) á visitar personalmente su futura morada, y cuando todos esperaban que regresaría disgustado, volvió diciendo que le había parecido todo bien, y aun mucho mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacía calor en el verano y frío en el invierno, y que no desistiría de su propósito de vivir en Yuste aunque se juntase el cielo con la tierra (5).

Seguia reteniendo al emperador en Jarandilla la falta de dinero para pagar y despedir la gente que había traído consigo y aun para los precisos gastos de manutención (6), hasta

(5) Lo que mas desagradó á su servidumbre fué que en el estrecho recinto á ella destinado había dejado orden de poner cuarenta camas, veinte para amos y veinte para criados, con lo cual, y con la desagradable temperatura que se sentía en Jarandilla, y con las privaciones y escasez de mantenimientos, y con la repugnancia que todos sentían á encerrarse en un monasterio, faltó poco para que casi todos le abandonaran, y los mas buscaban pretextos para apartarse de su servicio. Desazonábanles tambien las discordias que sabían andaban entre los monjes, y los partidos que había entre ellos, sobre lo cual escribia el secretario Gaztelu al de la princesa regente. «Vea vuestra merced á lo que le ha traído el haber querido venir á meterse entre frailes, porque será menester que él haya de poner la mano y remediallo, ó dejállos y irse, y andando el tiempo verá vuestra merced que se ofrecerán cosas que la menor sea bastante para hacello, y por esto fuera bien que se hubieran pesado todas estas cosas muy bien por hombres de mas prendas y entendimiento que no quien aconsejó á S. M. que viniese aquí.»

Cartas del secretario Martin Gaztelu de 23 y 29 de noviembre desde Jarandilla. «Nunca creyera, decía en carta de 7 de diciembre, que frailes eran tan ambiciosos ni envidiosos como lo he reconocido despues que Su Majestad vino aquí.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(6) Había pedido á Sevilla veintiseis mil ducados de la pension anual que se había reservado para el mantenimiento de su casa y para actos de beneficencia y caridad; pero este dinero tardó en llegar dos largos meses. Entre tanto las escasas remesas que la princesa gobernadora su hija le enviaba se consumían pronto: llegó el caso de tener que buscar prestados, y costó no poco trabajo reunirlos en todo el pueblo, dos mil reales para comer. Aparté del emperador y las reinas, á quienes no faltaba un trato decoroso en el palacio de Oropesa, los demás pasaban todo género de es-

que habiendo llegado el dinero que tenía pedido á Sevilla (16 de enero, 1557), fué dando orden en la paga de los criados que mas impacientes se mostraban por marchar (1). Con esto apresuró ya los preparativos para su entrada en Yuste, cosa que apetecían vivamente los monjes, tanto como la repugnaban y sentían cada vez mas cuantos componían su casa y servicio.

Entró pues el emperador Carlos V en el monasterio de Yuste el 3 de febrero de 1557. Su primera visita fué á la iglesia, donde le recibió la comunidad con cruz, cantando el *Te Deum laudamus*, y colocado despues S. M. en una silla, fueron todos los monjes por su orden besándole la mano, y el prior le dirigió una breve arenga felicitando á la comunidad por haberse ido á vivir entre ellos (2).

CAPÍTULO XXXIII

Carlos V en Yuste

DE 1557 Á 1558

Refiérense las inexactitudes, invenciones y falsedades que nos han transmitido los historiadores acerca de la vida de Carlos V en Yuste.—Demuéstrase que no vivió abstraído de la política y de los negocios del mundo.—Que era consultado en todo y lo dirigía todo desde su retiro.—Pruébase que no vivió tan sobria y pobremente como han dicho los historiadores.—Número de sus criados y sirvientes.—Valor de su ajuar y menaje.—Otras especies inverosímiles que han corrido acerca de su vida claustral.—Es cierto que se ejercitaba en actos de devocion y de piedad, y que recibía con frecuencia los sacramentos.—No lo es la famosa anécdota de los funerales en vida.—Causa verdadera de su última enfermedad, y de su fallecimiento.—Muerte cristiana y ejemplar de Carlos V.—Circunstancias de su entierro.—Su testamento y codicilo.—Exequias en Yuste, en Valladolid y en Roma.—Célebres honras que le hizo su hijo en Bruselas.

Túvose por tan singular y extraordinaria determinacion y por tan señalado acontecimiento el de la retirada del emperador Carlos V al monasterio de Yuste, y es tanto y tan inexacto lo que acerca del género de vida de tan célebre personaje en aquel retiro han dicho y estampado escritores nacionales y extranjeros, que parece hasta cierto punto inconcebible, que existiendo tantos documentos, no se haya conocido todavía la vida verdadera del emperador en Yuste, y hayan corrido sin contradiccion las invenciones que los doctos han escrito ó copiado y los ignorantes repiten á coro. Desearíamos ser nosotros los equivocados, especialmente en algunos puntos; pero siendo para nosotros lo mas sagrado la verdad histórica, la expondremos tal como á nuestros ojos aparece á la luz de documentos auténticos y originales, y el lector juzgará desapasionadamente entre nosotros y los escritores que nos han precedido.

Unánimemente han consignado los mas autorizados entre ellos, que Carlos V desde su entrada en Yuste vivió completamente abstraído de los negocios públicos, sin querer que le hablaran de ellos, y sin tomar la mas pequeña parte en la política del mundo: que se consagró enteramente á Dios, haciendo una vida de oracion, de meditacion y de penitencia como el monje mas austero, y que dió el mayor ejemplo de humildad religiosa que pudiera imaginarse, haciéndose sus propias exequias en vida.

«Retiróse tanto, dice uno de sus mas acreditados historiadores, de los negocios del reino y cosas del gobierno, como si

caseces, carecían hasta de lo mas necesario, no tenían para costear un correo, y el secretario pedía á Valladolid una resma de papel de escribir, porque no lo había en el pueblo. Solo el emperador, no obstante las alternativas que sufría en su salud, y con daño de esta se regalaba con los manjares mas exquisitos que de todas partes ó espontáneamente ó por su mandado le enviaban, como luego habremos de demostrar.—Correspondencia de Gaztelu, Quijada y Vazquez de Molina desde Jarandilla, passim.—Archivo de Simancas, leg. cit.

(1) Se despidieron para Flandes noventa y nueve alabarderos, y otras noventa y ocho personas, entre amos y criados.

(2) El prior, dice Gaztelu, llamó al emperador *Vuestra Paternidad*, «de lo cual luego fué advertido por otro fraile que estaba á su lado, y le acudió con *Majestad*.»

jamás hubiera tenido parte en ellos (3).» Y le pinta tan entregado exclusivamente á ejercicios espirituales, á actos de devocion y de piedad, de tal manera que no había monje que le igualara, y él daba ejemplo á todos, confundiendo aun á los mas perfectos del monasterio.

Representale el historiador general de la órden de San Jerónimo completamente retirado de todo género de negocios externos, tratando solo los de su alma. Y en la descripción de su vida ordinaria le hace invertir todas las horas de cada día y de cada noche, desde antes de levantarse hasta despues de acostado, en una ocupacion no interrumpida de oraciones, misas, sermones, pláticas doctrinales y religiosas, procesiones, confesiones y penitencias, que no era posible le quedara vagar para ninguna especie ni de distracciones ni de negocios. Macerábase, dice, el cuerpo, y se azotaba hasta el punto «de gastar los ramales de las disciplinas que heredó su hijo.»

Cuenta este mismo historiador, que con motivo de haber hecho Carlos celebrar exequias por sus padres y por la emperatriz su esposa, concluidas que fueron, manifestó á su confesor Fr. Juan Regla, el pensamiento y deseo de celebrar las suyas propias, «para que vea yo, le dijo, lo que tan presto ha de pasar por mí.» Y preguntándole si le aprovecharían, le respondió el confesor que sí, y aun mas que si se hicieran despues de muerto. Que en su virtud aquella misma tarde se construyó un gran túmulo en la capilla mayor, que concurrieron todos los criados de S. M. de luto, y el mismo monarca asistió con su vela en la mano á la ceremonia fúnebre, y que en la misa ofreció su vela en manos del sacerdote, como indicando que así ofrecía en las de Dios su alma, de cuyo acto se mostró al día siguiente (31 de agosto) al confesor muy satisfecho y consolado (4).

Uno de los mas notables biógrafos de Carlos V y de Felipe II afirma del modo mas absoluto, que Carlos desde que se encerró en su soledad no quiso que le hablaran ya mas «ni de sus tesoros de la India, ni del estrépito de las guerras que bajo sus enseñanzas y con sus capitanes se hacían en toda Europa por tierra y por mar.» Y con tono de seguridad y con aire de magisterio niega que despues de su renuncia pensara ni en la guerra ni en la paz, ni en nada de lo que hiciesen los príncipes cristianos; y concluye aseverando muy formalmente, «que de tal manera se deshumanó, que no quiso saber ni dónde se hallaba su hijo, ni cuál fuese su comportamiento con los príncipes, ni su conducta con los pueblos, ni su fortuna en la guerra, ni sus prosperidades en la paz, y que en cuanto á consejos particulares se abstuvo completamente de dárseles (5).»

El jesuita historiador de las guerras de Flandes no se ha contentado con esto y dice: «Verdaderamente cosa admirable fué, el que Carlos abstraído de aquella soledad y olvido de cuidados.... se desnudase tanto de las antiguas costumbres, y totalmente de la naturaleza; que ni el oro que en gran copia trajera para él en esta sazón la flota española de las Indias, ni el estruendo de las guerras que con armas y capitanes suyos se hacían por mar y tierra en Europa, pudiesen hacer la menor mella en aquel ánimo acostumbrado tantos años al sonido de las armas, ni interrumpirle un punto su tranquilidad el oír

(3) Sandoval, Historia de la vida del emperador en Yuste.

(4) Fray José de Sigüenza, Historia de la Orden de San Jerónimo, parte III, lib. I, cap. 36 y 38.

El obispo Sandoval refiere esto de las honras muy de otra manera. Cuenta este, que afeitándole un día su barbero Nicolás, le dijo el emperador: «¿Sabes, Nicolás, lo que estoy pensando? Que tengo ahorradas dos mil coronas, y querria hacer mis horas con ellas.» Que el barbero le respondió: «No se cure V. M. de eso, que si se muriese nosotros le haremos las honras.» Á lo cual replicó el monarca: «¡Oh, cómo eres necio! Igual es llevar el hombre la candela delante que no detrás.» Como si profetizase su muerte; que luego cayó malo, etc. Pero el obispo de Pamplona no dice que se hicieran las horas en vida.

(5) *Non è à dubbio alcuno che si fosse tanto dissuamato, che non volesse saper dove egli era, quali fossero i suoi portamenti co' Principi, quali le sue azioni co' Popoli, quali le sue fortune nella guerra, e quali le sue prosperità nella pace, e tutto ciò in una maniera generale, perche in quanto à consigli particolari non s'ingerì mai à dargliene, dopo i primi nel tempo della rinunzia.*—Gregorio Leti, llamado *El Resucitado*, Vita di Filippo II, parte prima, lib. X.—Id. Vita dell'invittissimo imp. Carlo V.

tan varios sucesos. Gastaba este augusto morador de las selvas la vida cotidiana de suerte, que daba parte al cuerpo, cada día mas enfermo y cansado, parte á Dios y á su alma..... Muchas veces se ocupaba en hacer relojes..... teniendo por maestro á Juanelo Turriano, Arquimedes de aquel tiempo..... Este fué quien se esmeró mas, con nuevas máquinas cada día, en deleitar en aquel retiro de San Jerónimo el ánimo del César deseoso de tales cosas. Porque muchas veces despues de comer sacó á la mesa imagencillas armadas de hombres y caballos, unas tocando caxas de guerra, otras resonando clarines, y algunas de ellas chocando feroces entre sí con las lanzas enristradas. Algunas veces echó desde el aposento unos pajarillos de madera, que iban y volvían volando, pensando el prior del convento, que acaso se halló presente, algun mágico artificio. Tambien hizo unos molinos de hierro que se movían por sí, de tanta sutileza y pequeñez, que los llevaba un monje ocultos en la manga, siendo así que molían la cantidad de trigo que podia sustentar asaz á ocho hombres cada día. Pero estos entretenimientos al principio fueron mas frecuentes. Mas despues se moderaron con los avisos de la enfermedad..... Porque desde este tiempo su primer cuidado fué asistir á los divinos oficios de los monjes, leer á menudo en los libros de los santos, y tratar en las conversaciones de asuntos piadosos; confesarse con mas frecuencia y repararse con el manjar del cielo; y esto tal vez habiéndose desayunado con dispensacion que ya antes tenia para esto del romano pontífice por la flaqueza del estómago. Tambien comenzó á castigarse por la vida pasada con unas disciplinas de cordeles retorcidos..... Estos cordeles que con gran reverencia guardó despues el rey Philipo, cercano á su muerte mandó que se los traxesen, y así como estaban salpicados con la sangre de Carlos su padre los entregó á su hijo Philipo III y dicen que se conservan entre los monumentos de la piedad austriaca.»

Pasando luego á referir lo de la ruidosa anécdota de los funerales en vida, lo hace con los siguientes pormenores: «Últimamente con ocasion de un aniversario que hizo á su madre, deseó celebrarse á sí las obsequias, si era licito: y comunicado el caso con Fr. Juan Regla su confesor, como este le hubiese respondido que seria cosa desusada é inaudita, pero piadosa y saludable, mandó que cuanto antes le previniesen los funerales. Veis aquí que en el templo se levanta la mole del túmulo, encienden en él hachas, cércanle con luto los criados, celébrase la misa de difuntos con el triste canto de los monjes: él, vivo en su entierro, miraba en aquellos oficios imaginarios las verdaderas lágrimas de los suyos; oía el lamentable canto de los que imploraban para él plácido descanso en las felices moradas, y pedía él mismo para sí sufragos mezclados con los cantores. Hasta que llegándose al que sacrificaba, y entregándole la hacha encendida que él tenia, levantados los ojos al cielo: «Yo, dice, oh árbitro de la vida y de la muerte, te ruego y suplico, que como el sacerdote toma esta cera que ofrezco, así tú recojas benignamente en tu seno y brazos esta alma encomendada en tus manos siempre que quieras.» Entonces, cubierto como estaba con un largo luto, se tendió en el suelo, y renovándose las lágrimas de todos los presentes, le lloraron como á enterrado, con el último lamento. Mas con este ensayo hacia Carlos los preludios á la cercana muerte. Porque al otro día despues de estas exequias le vino una fiebre, de la cual poco á poco consumido etc. (1).»

De la misma manera se explica el mas acreditado de los historiadores extranjeros de Carlos V. Retrátale igualmente ajeno á todos los acontecimientos políticos de Europa, sin que, ni siquiera por curiosidad, permitiera que le informaran de ellos; cultivando á veces con sus propias manos su jardín, entreteniendo mucho tiempo en la fabricacion de relojes y otras obras curiosas de mecánica con que admiraba á los ignorantes monjes (2), empleando el resto de las horas de cada día en oraciones, oficios y ejercicios piadosos, con una asidui-

(1) Fr. Famiano Estrada, Guerras de Flandes, Decada I, lib. I.

(2) De aquí nació la anécdota de que habiendo trabajado en vano por hacer marchar al menos dos relojes con entera igualdad y exactitud, reflexionó que habia sido una locura pretender uniformar á los hombres en opiniones y creencias.

dad y una austeridad enteramente monásticas, y repite lo de las maceraciones y las disciplinas teñidas en su propia sangre. «Y como si no fuesen bastantes, añade, estos actos de mortificacion..... perturbando cada día mas su espíritu la inquietud, la desconfianza y el temor que acompañan siempre á la supersticion..... concibió una de las ideas mas originales y extrañas que haya podido inspirar jamás el fanatismo á una imaginacion desordenada y débil. Resolvió celebrar sus funerales en vida. Al efecto hizo erigir un catafalco en la iglesia del convento, donde acudieron sus criados en procesion fune- raria con cirios negros, siguiéndolos él envuelto en una mortaja. Tendido con mucha solemnidad en un féretro, se cantó el oficio de difuntos: Carlos unia su voz á los que oraban por el reposo de su alma. Púsose fin á la ceremonia rociando, segun costumbre, el féretro con agua bendita, y retirándose todos, se cerraron las puertas de la iglesia. Entonces salió Carlos del ataúd, y regresó á su aposento lleno de las lúgubres ideas que necesariamente debió inspirarle tan solemne acto. Sea que le fatigase la larga duracion de la ceremonia, sea que aquel espectáculo de muerte causase profunda impresion en su alma, acometióle al día siguiente una fiebre, á cuyo ataque no pudo resistir su extenuado cuerpo, etc. (3).»

Tales son las noticias que acerca de la vida de Carlos V en Yuste no han trasmitido los historiadores de mas cuenta (4), con tal uniformidad en algunos puntos, que justificaria el general asentimiento con que sin contradiccion han sido recibidas, si los documentos que hemos visto y poseemos no echaran por tierra todo este edificio levantado sobre falsos cimientos por tantos autores.

Es para nosotros indudable, que léjos de haber vivido el emperador en Yuste en ese retraimiento de los negocios públicos, en esa sistemática ignorancia de los acontecimientos de Europa, de que dicen ni queria hablar, ni entender, ni consentir que le informaran, por dedicarse todo á Dios y á la vida contemplativa, mantenía desde su celda de Yuste correspondencia política con su hija la gobernadora de Castilla, con su hijo don Felipe que residia en Flandes, con los principes y ministros de otros reinos, intervenia en los negocios de Estado, de paz y de guerra, era en casi todo consultado, apenas se resolvía sin su beneplácito negocio alguno importante, y mandaba y decidía muchas veces como emperador y como rey. Es cierto que cuando desembarcó en España manifestaba venir animado de un propósito firme de buscar el sosiego en la soledad y el retiro del claustro y de no mezclarse mas en los negocios é intereses del mundo; mas tambien lo es, que el genio, la costumbre de tantos años, los compromisos tal vez, no le permitieron cumplir aquel propósito, y que antes de entrar en el monasterio entendia ya y tomaba parte en los negocios públicos de España, de Italia y de Flandes (5).

Apenas habia puesto el pié en el claustro cuando comenzó á recibir cartas y consultas apremiantes de su hijo el rey don Felipe sobre la guerra de Italia, sobre los rumores que corrían de la armada turca y sobre provision de dinero, instándole á que tomara mano en ello con firmeza, y encargando le diera

(3) Robertson, Hist. del emperador Carlos V, lib. XII.

(4) A estos nos hemos limitado; así es, que no hemos citado á Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, y otros, que conocidamente han tomado sus noticias de Sandoval, Sigüenza y demás que hemos nombrado.

Restanos advertir, que el monje Fr. Martin de Angulo, prior que fué en Yuste los últimos meses de 1558, escribió una relacion de la vida del emperador en aquel monasterio, á gusto de la princesa doña Juana, regente de Castilla, que creemos fué uno de los principales fundamentos de las invenciones y falsedades históricas que hoy tenemos la ingrata tarea de combatir y rectificar.

(5) Cartas originales de Carlos V, escritas desde Jarandilla á su hija la princesa doña Juana, gobernadora de estos reinos, y á Juan Vazquez de Molina, su secretario, sobre negocios de Estado, y sobre la venida de la infanta de Portugal á acompañar á su madre la reina de Francia. Archivo de Simancas, Estado, legs. núm. 514 y 515.—Cartas del secretario Martin de Gaztelu desde Jarandilla (31 de diciembre de 1556, 9 y 23 de enero y 1.º de febrero de 1557), sobre asuntos de Flandes y de Italia, sobre la tregua de Felipe II con el papa, rompimiento de ella, y manifestaciones de Carlos sobre estos asuntos.—Simancas, Estado, leg. 117.

pronto aviso de lo que determinara (1). En 29 de abril escribia el emperador á la princesa de Portugal su hija sobre el asunto de la incorporacion de la Navarra francesa á cambio del ducado de Milan, y otras negociaciones que el rey su hijo traía con el duque de Vendome, hablando de ello con tanto conocimiento de todos los pormenores como si fuera él mismo el que hubiera entablado y siguiera los tratos (2). En 12 de mayo escribia al secretario Juan Vazquez de Molina sobre envio de dinero á Italia, de la siguiente manera que demuestra cuán minuciosamente cuidaba de todo: «Juan Vazquez de Molina, del mi consejo y mi secretario: vi vuestra carta de 8 de este, y háme parecido bien que demás de los quinientos mil ducados que llevó don Luis de Carvajal en la armada de su cargo, se envíen en la flota de los mercaderes, que ha de partir agora, otros setecientos veinte mil de contado y por letras de cambio, sin lo que se piensa sacar de los arbitrios de que se quedaba tratando, para que pueda llevar Ruy Gomez y proveer lo de Italia, demás de los trescientos mil ducados que llevó don Juan de Mendoza en las galeras de su cargo. Pero porque, como sabeis, todo es poco para tan gran suma como el rey ha menester en esta coyuntura, conviene que por todas las vias y formas que ser pudiere se usen de los medios y remedios necesarios para que el rey sea proveido y con brevedad, pues veis cuanto le importa (3).» É invitando al arzobispo de Sevilla á que contribuyera para los gastos de la guerra del modo que sus hijos el rey y la gobernadora de Castilla tenían derecho esperar, le decia: «Porque demás de que cumplireis con lo que debeis y sois obligado, me hareis en ello, y en que lo hagais con brevedad, particular placer y servicio, porque de otra manera, ni el rey dejaria de mandallo proveer con demostracion, ni yo de aconsejárselo (4).»

Trataba en aquel tiempo el papa de excomulgar al rey Felipe y al emperador su padre, y aun implícitamente llegó á

(1) Carta autógrafa de Felipe II á Ruy Gomez, 11 de marzo de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Copiamos en prueba de ello una parte de esta larga carta:—«Serénísima Princesa.—En esotra carta que va con esta respondo á dos que me habeis escrito á los 21 de este. Lo que demás de aquello hay que decir es que el de Ezcurra llegó aquí anteaer, y por ser tarde no le vi luego, pero hécelo ayer, y habiéndome dicho como despues que partió de Jarandilla halló, llegado que hobo á Navarra, que la respuesta del rey mi hijo era venida, y que fué luego con ella adonde estaba Vandoma, el cual diz que quiso que se le diese en presencia de un su médico y secretario, y lo que sobre ella pasó, y demás de esto oí á la letra la respuesta que le dió por escrito, y tambien la copia que truxo firmada de la carta que el duque de Alburquerque escribió sobre ello al rey, que es en la misma sustancia de lo que me ha dicho, y de como habia venido ahí, con lo demás que ha pasado, conforme á lo que me escribisteis; y habiéndolo todo entendido, le dije que si Vandoma estaba en este negocio con tan buen fin como siempre habia dado á entender, y se debia esperar de él siendo quien es, que verdaderamente recibia grande engaño en pedir que se le entregue primero el estado de Milan que no el reino de Navarra y las otras fuerzas, porque como quiera que las del uno y del otro están tan apartadas que no podria hacerse la entrega de ellas á vista de ojos, ni á un mesmo tiempo, ni en ninguna manera lo que él pide sin ser descubierta el negocio, por ser de la calidad que es; está claro que en tal caso el rey de Francia le ocuparia y tomaria luego todo su estado, y que demás de esto le vendrian á faltar los mas de sus amigos y otras personas en quien pueda tener mas esperanza, como se ha visto y ve cada día por experiencia; porque en cuanto toca á la confianza que se puede hacer de su persona, no solo la haria yo del estado de Milan, pero de Navarra y Castilla, pues no se ha de creer que él ha de hacer cosa que no deba. Háme parecido escribros esto para que se mire así en ello como en los medios que Vandoma y el marqués de Mondejar dicen que declara, y los que mas ocurriesen... Y si todavía sin embargo de lo sobredicho persistiese en lo que dijo el de Ezcurra, me parece que no tiene la gana que da á entender de concertarse, pues se ve tan á la clara que lo que pide es para su perdicion, antes se podria sospechar lo contrario; y para en cualquier caso no puede dejar de aprovechar el entretener y continuar la plática, en especial si Vandoma hubiese fin de intentar algo este año por Navarra, estando el rey mi hijo embarazado como sabeis; y avisarme ha de la última resolución que se tomará, para que, vista aquella, pueda avisar de lo que sobre ello me ocurre, y mira que haya en este negocio secreto, que se ponga en Navarra todo el buen recaudo que conviene.—Serénísima Princesa, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(3) Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(4) Carta del emperador al arzobispo de Sevilla, de Yuste, á 18 de mayo de 1557.—Simancas, Estado, leg. cit.

hacerlo: de ello protestó y apeló Felipe II (5), y el penitente de Yuste le decia sobre esto á su secretario en 8 de agosto: «Hános desplacido cuanto es razon de entender las cosas que el papa intenta, y que sea tan mal aconsejado; pero pues no se puede hacer otra cosa, y el rey se ha justificado en tantas maneras cumpliendo con Dios y el mundo, por excusar los daños que de ello se seguirán, forzado será usar del último remedio: y en lo que escribe del entredicho y lo demás, no tengo que decir sino que conforme á aquello se use en todo de la diligencia y prevencion que conviene, etc. (6).»

El 27 de setiembre del mismo año le decia el monarca cenobita al secretario Juan Vazquez: «Los del Consejo de Indias me han escrito avisándome de la quietud y términos en que quedaban las cosas del Perú y Nueva España, y enviádomé relacion del oro y plata que ha venido para el rey y mercaderes y particulares en las naos que han llegado de aquellas partes, con todo lo cual habemos holgado cuanto es razon, porque estábamos con cuidado por lo que los días pasados me escribieron; y así se lo direis de mi parte; y avisársenos há si la nao que faltaba de las once es llegada, porque pasaria peligro si encontrare con las cuatro de franceses que me escribe don Juan Hurtado de Mendoza se tenia aviso en Portugal andaban cerca de la isla de los Azores, y lo demás que vereis por un capítulo de su carta de que va con esta copia verse há, para en caso que la dicha nao no fuere llegada lo que se debe proveer sobre ello (7).»

La guerra de Felipe II con Francia se puede decir que la dirigia tambien desde su celda el coronado habitador del monasterio de San Jerónimo, y en 15 de noviembre dictaba á su hija la princesa gobernadora las medidas que deberian tomarse para contrarestar el armamento y preparativos de los franceses, con tan exacto conocimiento de la situacion de las plazas y de los ejércitos como si se hallara en el teatro de las operaciones (8). Y en 14 de diciembre le consultaba la princesa gobernadora sobre el parecer del Consejo de Estado acerca de negociar la paz con Francia.

Á 27 de agosto de 1558, tres semanas antes de morir, comunicábale los negocios, y seguía entendiendo en ellos de la manera que testifican los siguientes párrafos de una larga carta á su hija, que á la vista tenemos: «Hija, estando para responder á vuestras cartas de 8 y 17 de este, recibí las que Garcilaso me envió, y entendiendo por las que escribió á Luis Quijada que pasaba luego aquí, me pareció aguardar su venida para despachar el correo, por lo cual dejé de responder á ellas....»

Le habla de la rota y prision de Mr. de Tremes, de la vuelta de la escuadra turca, y luego continúa:

«Por lo que Garcilaso me ha dicho de parte del rey y la

(5) Cartas de Felipe II á la princesa su hermana, de 10 de junio y 2 de julio de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(6) Carta de Carlos V á Juan Vazquez de Molina, en Yuste, á 8 de agosto.—En el cit. leg. del Archivo de Simancas.

(7) Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(8) Curiosos por demás son algunos párrafos de esta carta. Despues de mostrarse enterado de haberse ganado y estarse fortificando la plaza de Ham, del número de tropas alemanas y suizas que estaba levantando el rey de Francia, y de la situacion de San Quintín para el caso que temia de que intentara recobrarla el francés, pasa á manifestar lo que sobre ello le ocurre, y dice: «Que estando aun en pié los doce mil infantes y mil caballos que he entendido habia levantado Poliuter, conforme á las pláticas que los días pasados trataba por mi orden, y despues del rey, para ir la vuelta de Leon ó Metz... y que el rey se hallará con menos gente de la necesaria para poder acudir á donde conviniere, podria mandar llamar al dicho Poliuter para que fuese á la parte de Metz ó de Lorena para juntarse con él, pues que lo podria hacer con seguridad yendo por Luxembourg, y teniendo el rey aquella gente podria mas seguramente allegarse al enemigo, y contrastalle para estorvalle que no hiciese lo que podria pretender; y demás de esto se daria calor á las fuerzas y los que le hubieren menester, poniéndose donde conviniere, y tomando sitios fuertes y cómodos para con seguridad socorrer á los amigos y ofender á los enemigos, como se hizo en lo de Valenciennes, Namur y Renti: de lo cual he querido avisaros, para que luego sin perder punto de tiempo despacheis con ello correo por tierra al rey con la mas diligencia que ser pudiere, y tambien por mar, y que la cifra que se ha de escribir no sea la ordinaria, de que tienen noticia en Francia, segun lo avisa el duque de Alburquerque, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. cit.